

**SOLEMNE BEATIFICACIÓN DE VALENTÍN
PALENCIA Y SUS CUATRO JÓVENES DISCÍPULOS
EN LA CATEDRAL DE NUESTRA SEÑORA DE LA
ASUNCIÓN DE BURGOS**



“A Don Valentín «Lo mataron porque era sacerdote». Los jóvenes laicos fueron asesinados con él, por defender su fe y compartir la suerte de su padre, maestro y amigo. Conscientes del peligro inminente, los mártires, antes de la masacre, habían rezado mucho, para prepararse a la muerte con una actitud mansa y de perdón.” (Homilía del Cardenal Amato)

En carta dirigida a sus diocesanos el Arzobispo de Burgos Mons. Fidel Herráez Vegas señalaba que la celebración de esta beatificación en el Año de la Misericordia, muestra

como “*la misericordia de Dios se sirve a lo largo de la historia de instrumentos débiles para hacerse presente en el corazón del mundo*”, y como con su misericordia “*Dios llenó el corazón de don Valentín y de aquellos jóvenes*” y les unió para “*ser instrumentos del amor de Dios en favor de los demás desde sus propios carismas*”.

20 años de larga tramitación de la causa de beatificación

La tramitación de esta causa se ha extendido a lo largo de 20 años. Su preparación la llevó a cabo en los años 80 el Arzobispo Mons. Martínez Acebes, pero su apertura formal tuvo lugar en 1996, promovida por el Arzobispo burgense Mons. Gil Hellín, quien tuvo el acierto de nombrar postulador al prestigioso profesor Don Saturnino López Santidrián, Catedrático de Teología Espiritual en Burgos. El proceso diocesano se clausuró en marzo de 1999, y, remitido a Roma, fue validado por la Congregación de las Causas de los Santos en noviembre de dicho año, haciéndose entrega de la 'positio' en octubre de 2003. Transcurrieron aun diez años, hasta que el 11 de abril de 2013 se votó dicha 'positio', y dos años más, hasta el 29 de septiembre de 2015, en que el Consistorio de Cardenales dió su dictamen favorable, tras el que el Papa Francisco firmó al día siguiente el decreto de martirio.



El Corazón de Jesús había elegido a sus mártires antes de nacer

Esta beatificación ha cumplido la premonición que el Rey de los mártires había impreso en el corazón del **Beato Valentín Palencia**, y que dejó escrita como íntimo deseo en su testamento: «*la dicha por la que siempre ha suspirado mi alma es dar mi vida por Él*», elección y aceptación que supo transmitir a sus cuatro jóvenes discípulos, e hizo que le siguieron voluntariamente al martirio.



Aquel verano de 1936 **Zacarías Cuesta** a sus 20 años, no iba a hacer vacaciones, pues tras haber aprendido el oficio de zapatero en el Patronato de San José, tenía apalabrado ya su primer trabajo, pero don Valentín le pidió que fuera con él, porque precisaba su ayuda, y Zacarías le siguió, pues no podía dejarle solo. No sospechó entonces que le seguiría hasta la muerte, pero al presentarse la opción, no dudó en dar con él la vida por Cristo.



El director de la banda de música **Emilio Huidobro**, de 19 años, manifestó a quienes venían a detener a su maestro, que deseaba deponer en su favor, y quiso acompañarle, sabiendo que probablemente ello le costaría la vida. Igual sintió **Germán García**, que tocaba el clarinete. En su pueblo de Villanueva de Argaño sus paisanos le pusieron una placa en la iglesia como mártir de Cristo Rey.



Refieren los testigos que a **Donato Rodríguez**, «lo mataron por llevar un crucifijo colgado al cuello». «Los milicianos le dijeron: “Si te quitas el crucifijo, no te matamos”, pero él dijo que no se lo quitaba, y también, que quería ser fiel a don Valentín, y correr su misma suerte».



En el mediodía del 23 de abril de 2016, y en del templo gótico de la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción de Burgos, junto al Cardenal Mons. Ángel Amato y el Arzobispo Mons. don Fidel Herráez, ocupaban el presbiterio del altar mayor como concelebrantes, el Cardenal Ricardo Blázquez, presidente de la Conferencia Episcopal Española; su antecesor, el Cardenal Antonio María Rouco, el Arzobispo emérito burgense, Mons. Francisco Gil; el Arzobispo de Pamplona Mons. Francisco Pérez; el Obispo de León Mons. Julián López, el Obispo de Vitoria Mons. Juan Carlos Elizalde; el Obispo de Ciudad Rodrigo Mons. Raúl Berzosa, el Obispo Auxiliar de Madrid Mons. Juan Antonio Martínez Camino; el Obispo emérito de Segovia Mons. Ángel Rubio; y el administrador diocesano de Palencia don Antonio Gómez, junto a los abades de San Pedro de Cardeña y del Monasterio de Silos, entre otros.

Iniciado el rito de beatificación, Mons. Fidel Herráez Vegas, Arzobispo de la diócesis donde se instruyó la causa, solicitaba al papa Francisco, representado por su legado el Cardenal Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos Mons. Ángel Amato «**se digne inscribir en el número de los beatos a estos venerables siervos de Dios: Valentín Palencia Marquina, presbítero de esta diócesis, y a Donato,**

Germán, Zacarías y Emilio, jóvenes que sufrieron el martirio juntamente con él.»

El cardenal legado dio lectura –en latín– a la Carta Apostólica del Papa Francisco por la que concedía que los cinco burgaleses ***«sean llamados, de ahora en adelante, beatos, y que pueda celebrarse su fiesta, cada año, el día quince del mes de enero, en los lugares y modos establecidos por el derecho.»*** Al son de las jubilosas estrofas del *Christus Vincit*, se procedió a descubrir el cuadro de los nuevos beatos.

Terminado el rito de beatificación, prosiguió la celebración eucarística en la que el cardenal pronunció la siguiente homilía:



“Burgos puede con razón estar orgullosa de tener esta maravillosa catedral gótica de la Asunción, una de las más bellas del mundo, declarada por la UNESCO patrimonio de la humanidad. Pero a este extraordinario mérito artístico, se puede y se debe añadir el reconocimiento de la santidad de muchos hijos de esta noble iglesia española.

Aquí recuerdo, por ejemplo, a San Rafael Arnáiz, monje trapense, nacido en Burgos y canonizado en Roma en el 2009. Hijos de esta tierra bendita son también tres mártires pertenecientes a la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, canonizados el 21 de noviembre de 1999: se trata de San Cirilo Bertrán Sanz Tejedor, San Victoriano Pío Bernabé Cano y San Benjamín Julián Alonso Andrés. Además entre los 498 mártires beatificados en Roma el 28 de octubre de 2007, más de setenta eran burgaleses.

A este número de santos y beatos se añaden ahora otros cinco testigos heroicos de Cristo. Se trata del sacerdote Valentín Palencia Marquina, nacido en Burgos en 1871, y de cuatro jóvenes colaboradores laicos. Entre ellos destaca la figura de Donato Rodríguez García, de veinticinco años, maestro de música, culto, generoso, de notables dotes pedagógicas. Usaba muletas a causa de una poliomielitis infantil. Están después Germán García García, de veinticuatro años, que se había ofrecido voluntario como maestro en el colegio; Zacarías Cuesta Campo, de veinte años, que estudiaba música en el colegio y era zapatero; y, en fin, Emilio Huidobro Corrales, de apenas diecinueve años, que vivía en el colegio porque, después de la muerte de la madre, el padrino lo había rechazado.

Han pasado casi ochenta años desde la trágica muerte de los mártires. Su memoria sin embargo no solo no se ha apagado sino que ha permanecido siempre viva en el corazón de los sacerdotes y de los fieles, que les recuerdan con devoción y reconocimiento. En aquel período de terror, que parecía haber cancelado de la faz de la tierra toda huella de justicia y de bondad, el martirio de víctimas inocentes fue un signo de esperanza para una humanidad no ya fratricida sino fraternal, acogedora, respetuosa.

El Papa Francisco repite continuamente que **«la persecución es el pan cotidiano de la Iglesia»**. Los beatos de hoy se han acercado a la mesa del martirio como se acercaban a la mesa eucarística, con actitud de fe, de esperanza y de caridad. Sabían que el Señor les habría acogido y premiado no solo por su valentía ante sus enemigos, sino también por su vida buena. Y también la sociedad habría reconocido en ellos unos defensores de algunos derechos fundamentales del hombre, como la libertad religiosa y la libertad de conciencia.

Don Valentín Palencia era un sacerdote totalmente consagrado a los huérfanos y a los chicos pobres y marginados, a los que recogía y educaba en el *Patronato de San José*. Entre sus varias iniciativas culturales promovió la creación de una banda musical formada por sus jóvenes. En julio de 1936 (mil novecientos treinta y seis) llevó, como de costumbre, la banda a Suances, pequeño puerto de pescadores en la costa cantábrica, para pasar unos días de vacaciones, aunque también con conciertos muy apreciados por la población.

Desgraciadamente en aquel verano, que se esperaba alegre, el enemigo del bien dio inicio a una época de sangre y de luto para la iglesia española. Fue prohibida la celebración de los sacramentos, fueron incendiadas las iglesias, saqueadas las casas religiosas, destruidos los ornamentos sacros, quemadas preciosas pinturas del arte español.

En agosto algunos fieles aconsejaron a Don Valentín quitarse la sotana para huir de los anarquistas, que estaban matando a todos los sacerdotes que encontraban. Pero el sacerdote no abandonó la sotana y no disimuló su

condición, siguiendo celebrando la misa a escondidas y llevando la comunión a las religiosas.

Se llegó así a la noche del 15 de enero de 1937, cuando, traicionados por dos conocidos, Don Valentín y los cuatro jóvenes fueron arrestados, matados y abandonados en un lugar solitario. La causa del martirio fue bien expresada por un testigo: *«Lo mataron porque era sacerdote»*. Los jóvenes laicos fueron asesinados con él, por defender su fe y compartir la suerte de su padre, maestro y amigo. Conscientes del peligro inminente, los mártires, antes de la masacre, habían rezado mucho, para prepararse a la muerte con una actitud mansa y de perdón. Ningún acto de rebelión. Don Valentín logró incluso guardar en el bolsillo una hostia consagrada, como viático para el encuentro con el Señor.

En la carta apostólica de beatificación el Papa Francisco llama a los cinco mártires *«testigos heroicos del Evangelio»*. Como la patria necesita hazañas gloriosas para defender la libertad, la independencia y la paz social de sus ciudadanos, así **la Iglesia tiene necesidad de hijos valientes y audaces para mantener en la familia humana la acogida, el respeto y la caridad fraterna**. Este es el mensaje de la celebración de hoy.

La glorificación de los mártires es una buena noticia para todos. Ellos han sembrado amor, no odio. Han practicado la caridad con todos, sobre todo con los necesitados. Han transmitido el calor de la presencia de Dios incluso en el corazón de aquellos que les mataban. Su bondad cura las heridas y sana los corazones, alejándolos de los males del odio y de la división. **Los mártires hacen más bella y vivible la casa del hombre, invitando a no repetir el pasado oscuro y sangriento, sino a construir y vivir un presente luminoso y fraterno.**

El evangelio es el libro de la bondad y de la liberación del hombre de todo mal. Recordemos la respuesta que Jesús dio a Juan Bautista: «Los ciegos vuelven a ver, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia» (Lc 7, 18-23). Los gestos de Jesús son acciones de liberación del mal. Por eso los mártires a la arrogancia responden con la humildad, al egoísmo con la generosidad, a la venganza con el perdón, a los pensamientos de muerte con pensamientos y gestos de vida. De este modo **los mártires son portadores de misericordia divina, que aplaca la violencia con la serenidad que genera concordia. Aun hoy, los mártires son los corderos que vencen a los lobos.**

Es esta la revelación del amor cristiano. La humanidad de hoy necesita más que nunca este espectáculo extraordinario de fraternidad, de gozo, de respeto, de acogida. Son de gran edificación las palabras de Paul Bhatti, paquistaní católico, hermano de Shabaz Bhatti, asesinado en Islamabad el 2 de marzo del 2011 porque era cristiano: «Nosotros

cristianos del Paquistán no dejaremos que las pruebas y las dificultades roben la esperanza que está fundada en el amor de Jesús y en la fe de los mártires, sino que continuaremos a dar testimonio del Evangelio de la mansedumbre, del diálogo, del amor. Esta es nuestra fe y por esta fe nosotros queremos vivir y, si fuera necesario, incluso morir como mi hermano Shabhaz».

Es este el significado del martirio de los Beatos Valentín, Donato, Germán, Zacarías y Emilio: esperar en el bien contra toda esperanza y continuar difundiendo en la tierra la buena noticia del amor fraternal e de misericordia. «La misericordia es la que define el momento final de su vida: una muerte ofrecida, perdonando, sin odio hacia sus verdugos, reconciliando y sembrando la paz auténtica que nace del perdón».

Tras la Santa Misa, se entonó el himno a los nuevos beatos. Ya por la tarde, la coral de Suances –el pueblo donde fueron martirizados– ofreció un concierto en su honor en la Catedral. En el mediodía del domingo se procesionó de la iglesia de San Esteban, donde fue bautizado don Valentín y fundó su patronato de San José, hasta la de san Nicolás, en cuyo templo el arzobispo Mons. Fidel Herráez presidió la eucaristía de acción de gracias.

Mas informacion sobre estos mártires en nuestra pag Web:

www.hispaniamartyr.org/Martires/Palencia2.pdf

www.hispaniamartyr.org/Martires/Valentin_Palencia_y_comp.pdf

